

BORJA

Por el momento no debéis atender más que á vuestra preciosa salud. (En aquel momento las mujeres suspenden suavemente el cuerpo de Doña Juana; doña Lisarda le sostiene la cabeza.) ¡Mujeres castellanas: llevad con cuidado el cuerpo de esta Reina, que ha padecido durante luengos años sin consuelo de nadie, sin exhalar una queja, sin protestar contra sus opresores! ¡Es una santa!

POCA MISA

Como santa la llevaremos.

BORJA

Vamos ya. (Pónense en marcha lentamente.—A Lisarda.) Vos, señora, seguid sosteniendo esa cabeza augusta, que archiva más de medio siglo de la historia del mundo.

Telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La decoración del acto primero. En el centro de la escena, hacia la derecha, una cama portátil, en la cual está acostada Doña Juana en actitud soñolienta; á su lado, sentada, doña Lisarda y Marisancha. A su cabecera, en pie, el Doctor Santa Cara, hombre de avanzada edad. En la primera caja, á la izquierda, como si entrara de la calle, el Marqués de Denia, que al ver á Doña Juana queda suspenso. El Doctor Santa Cara dirigese á él de puntillas por no hacer ruido.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JUANA, DOÑA LISARDA, MARISANCHA, DOCTOR SANTA CARA, MARQUÉS DE DENIA

DOCTOR

(En voz baja.) La hemos traído aquí, porque en su alcoba quejábase de falta de luz y aire respirable.

DENIA

¿Y va mejorando?

DOCTOR

Desgraciadamente, no. A la hinchazón de las piernas, que ya se manifestó ayer, debemos añadir las ampollas ó vejigaciones que en diferentes partes del cuerpo se han presentado en la noche última...

DENIA

Consecuencia de aquella salida imprudente que hizo, con la tecla de ir al campo á platicar con los aldeanos estúpidos, pegajosos... ¿Y vos, Santa Cara, aconsejasteis esa temeridad de salir al campo?

DOCTOR

Consultado por Valdenebros; dije á éste que la Reina debía salir, no por breves momentos, sino permanecer muchos días en Villalba del Alcor disfrutando del sosiego y los aires puros de aquella deliciosa campiña.

DENIA

Pues Valdenebros nada me dijo.

DOCTOR

Señor, yo no sé. Contesté á Valdenebros á la consulta que me hizo.

DENIA

(Contrariado.) Bueno, bueno... Sea cual fuere el motivo de esta nueva desazón de la Reina, ¿creéis, Doctor, que su estado es grave?

DOCTOR

Mi parecer es que el fin de Su Alteza... no está lejano.

DENIA

Descansará ella y descansaremos todos. Del estado mental de la enferma, ¿qué opináis?

DOCTOR

En su cerebro he podido observar cambios bruscos. A ratos se despeja y habla sin tino con personajes que no tienen realidad más que en su turbado pensamiento. Luego recae en su postración muda... Y pues está

aquí el santo varón Borja, que aproveche los momentos lúcidos para cumplir la misión que le ha dado la Sacra Católica Majestad del Gran Carlos V.

DENIA

(Con cierta sorna.) Pues seguramente, Borja no verá cumplidos los deseos del Emperador.

DOCTOR

¿Por qué?

DENIA

Hoy puedo asegurar, por averiguaciones recientes de buen origen, que esta señora sigue aferrada á la herejía, y para ella no hay más creencias que las insensatas doctrinas de ese maldito filósofo holandés que llaman Erasmo.

DOCTOR

(Sorprendido.) ¡Lástima que una señora tan compasiva y bondadosa incurra en tales desvarios!

DENIA

(Notando que la Reina se mueve y murmura algunas palabras al oído de Lisarda.) Parece que des-

pierta... Voy á saludarla. (Acércase á la Reina y le besa la mano.) Señora, ya sé por el Doctor que sentís alivio en vuestra dolencia. Ánimo.

DOÑA JUANA

Ánimo no me falta; será lo que Dios quiera. Hace días que no veo á la Marquesa. (Óyese el sonido lejano de las matracas.)

DENIA

Precisamente la he dejado ataviándose para ir á la iglesia. Hoy es Viernes Santo y...

DOÑA JUANA

¡Oh, sí! Viernes Santo. Me pareció oír las matracas.

DENIA

Antes que mi esposa vaya con otras damas á San Antolín, á la solemne adoración de la Cruz, la traeré aquí para que salude á Vuestra Alteza.

DOÑA JUANA

Que venga, que venga pronto; deseo hablar con ella. (Vase el Marqués.)

ESCENA II

Los mismos; después EL MARQUÉS DE DENIA, con su esposa.

DOÑA JUANA

¡Viernes Santo! El día más triste de la cristiandad.

DOCTOR

Señora, todos los días del año son iguales. ¿Qué más da que en las torres suene el bronce de las campanas ó la madera de las matracas?

DOÑA JUANA

La tristeza y la alegría no están en las torres, Doctor, sino en las almas..., y la mía... (Entran Denia y su esposa, vestida de negro, elegantísima.)

MARQUESA

(Acercándose á la Reina y besándole la mano.) Ya sabemos que recobráis lentamente vuestra preciosa salud.

DOÑA JUANA

Os he llamado para...

MARQUESA

Mandadme, señora, lo que gustéis.

DOÑA JUANA

Hoy es día de pedir á Dios perdón de nuestras culpas, y yo, Marquesa, os pido que me perdonéis si en algo he podido ofenderos.

MARQUESA

(Asombrada.) ¿Perdonaros yo? ¡Al contrario; soy yo la que debo pedir perdón á Vuestra Alteza!

DOCTOR

Basta ya de perdones. Lo que la señora necesita es reposo..., tranquilidad...

MARQUESA

Y tomar algún alimento.

ESCENA III

Los mismos.—VALDENEBROS, que entra por la izquierda.

VALDENEBROS

Señor Marqués, en San Antolín está Borja esperando que se le traiga á la presencia de Su Alteza.

DENIA

Voy al instante. (Besa la mano de la Reina, coge á la Marquesa por un brazo y vanse.)

LISARDA

¿Qué alimento quiere tomar Vuestra Alteza?

VALDENEBROS

Caldo, leche, ó...

DOÑA JUANA

No quiero más que agua fresca.

LISARDA

¿Con miel?

DOÑA JUANA

No; agua pura.

VALDENEBROS

(Á Marisancha.) Tráelo, tráelo pronto. (Vase Marisancha.)

ESCENA IV

Los mismos.—BORJA y EL MARQUÉS DE DENIA, entrando por la izquierda.

DENIA

(En voz baja, deteniéndose en la puerta.) Ahí la tenéis con Lisarda, Santa Cara y Valdenebros. El desequilibrio y perturbación de sus facultades son notorios. Dudo que podáis conseguir de esa desdichada mujer el arrepentimiento, ó siquiera la confesión, de sus graves errores.

BORJA

Dejadme, Marqués. Yo sabré cumplir con mi deber. (Vase Denia. Borja permanece indeciso contemplando la escena. Luego se dirige hacia la Reina y le besa la mano.)

DOÑA JUANA

Permitidme que os llame con vuestro antiguo nombre, Duque de Gandía.

BORJA

Llamadme como gustéis, señora. Ya sabéis que vuestro hijo el Emperador me ha mandado venir á vuestro lado para que os conforte y guíe vuestra conciencia hacia la paz espiritual, que sólo se adquiere identificando el alma con la doctrina de Cristo. (Entra Marisancha con el agua. Lisarda coge el vaso y lo presenta á la Reina, que vacila antes de tomarlo.) Bebed, señora, tranquilamente, que tiempo tenemos de hablar.

DOÑA JUANA

Quiero el agua pura y limpia, como la que cae del cielo cuando lloran las nubes para fertilizar la tierra y purificar todas las cosas; quiero el agua traída por la divina esencia, licor no contaminado aún por las turbulencias de los ríos, que arrastran en su corriente todas las malicias, todas las miserias humanas. En esta idea se funda mi criterio religioso.

BORJA

Y vuestro criterio religioso, según he podido entender, deriva del sistema religioso de Erasmo, el cual dice que no nos cuidemos del formulismo ni de las exterioridades rituales, sino de la pureza de nuestro corazón y la rectitud de nuestras acciones.

DOÑA JUANA

(Suspirando fuerte.) ¡Ay, Duque, qué alivio..., qué frescura siento en mi alma al oiros!

BORJA

Eso es lo esencial; pero no debemos prescindir en absoluto de aquellos actos piadosos de espontánea dulzura en que la criatura se aproxima al Creador, llegando á identificarse con él. Esto que os digo, señora, no es incompatible con las ideas del filósofo de Rotterdam, que yo conozco muy bien porque he leído sus tratados teológicos, obra famosa harto divulgada en el mundo entero. Los Papas se han recreado en ella, y todos los tratadistas del mundo la celebran por lo ingenioso de la forma y la profundidad de los pensamientos.

DOÑA JUANA

Pues por creer yo lo mismo y empapar mi conciencia en esa obra, han dado aquí en la flor de señalarme públicamente como hereje.

VALDENEBROS

Fallo irreverente de la opinión maliciosa y vulgar.

BORJA

No sois hereje, señora. En el libro de Erasmo nada se lee contrario al dogma. Lo que hay es una sátira mordaz contra los teólogos enrevesados, los canonistas insubstanciales, las beatas histéricas y los predicadores truculentos, que han desvirtuado la divina sencillez con artilugios retóricos. Erasmo celebra la locura llamando locos á los grandes héroes que han enaltecido la humanidad, como Marco Aurelio y Trajano en la antigüedad; Pelayo, Alfonso el Sabio y el Santo Rey Don Fernando en la vieja España, y en los días presentes, vuestra gloriosa madre Doña Isabel.

DOÑA JUANA

Por eso yo no me tengo por loca, pues en mi larga vida nada he podido hacer que se destacara de lo común y vulgar. (En este momento Doña Juana se inquieta, se vuelve de un lado á otro, alza los brazos, fija sus ojos en un punto del espacio y exclama:) ¡Madre, madre! ¡Ay!

LISARDA

¡Por Dios, señora, sosegaos!

DOCTOR

Dadle agua otra vez con algunas gotas de ese licor sedante.

VALDENEBROS

Ahora no. Dejadla.

BORJA

Dejadla, si.

DOÑA JUANA

(Incorporándose en el lecho, en plena alucinación, hablando con su madre.) ¡Madre mía! ¡Tú has sido

la Reina más excelsa que ha tenido Español Tú, cuando eras una Princesita inocente, sin experiencia de la vida humana ni conocimiento del interés público, enviaste una embajada á Sicilia con la misión de traer á Castilla al Príncipe Don Fernando, hijo del Monarca aragonés Don Juan II. Los embajadores que enviaste á Sicilia debían inducir al Príncipe á reunir los reinos de Aragón y de Castilla desposándose contigo. Todo se hizo conforme á tu generoso deseo, y los nuevos esposos pudieron asombrar al mundo con la famosa frase: «Tanto monta Fernando como Isabel é Isabel como Fernando.» Los Reyes Católicos, que así se os llamó luego, pudieron emprender y llevar á feliz término los hechos más grandes que registra la Historia. Tú, madre querida, emprendiste la conquista de Granada. Tú diste á Cristóbal Colón los medios para que os trajera de los mares remotos los territorios y las riquezas de América. Los honores, las pompas y grandezas deben ser para ti; para ti sola. Yo, que he sido y soy una desdichada Reina, que nada hizo que mereciera las alabanzas de la Historia, no ambiciono ser sepultada en regios, en marmóreos panteones. Quiero que mi cuerpo repose en esta tierra de Castilla, sin

otro emblema que una cruz de madera, ni más adorno que las flores del campo.

LISARDA

Recuéstese, señora; trate de conciliar el sueño.

DOCTOR

(Después de pulsarla apártase un poco del lecho, y acercándose á Borja hablan los dos en voz queda.) El delirio es producido por la fiebre, y no me atrevo á darle mayor dosis del licor sedante.

BORJA

¿No sería mejor suspender la medicación por el momento y dejarla en su reposo natural?

DOÑA JUANA

(Se vuelve al otro lado y busca tanteando la mano de Borja.) Duque... ¿Estáis aquí?

DOCTOR

Aquí está, señora.

BORJA

Yo no me separo de Vuestra Alteza.

DOÑA JUANA

(Coge la mano de Borja y la besa.) Siempre á mi lado, Duque; siempre. ¿Qué me mandáis?

BORJA

Nada os mando. Os suplico que durmáis y estéis tranquila.

DOÑA JUANA

¡Ay! No sé, no sé si podré obedeceros, Duque. (Doña Juana, acongojada, deja caer la cabeza en la almohada. El Doctor y Borja se apartan silenciosamente, y hablan á solas en la primera caja de la izquierda.)

DOCTOR

Esto se acaba.

BORJA

Es posible que el sueño, aclarando su entendimiento, la ponga en condiciones de cumplir con los deberes cristianos.

DOCTOR

Aguardaremos.

BORJA

Confío en que Dios nos dará la ocasión oportuna para que pueda recibir los Santos Sacramentos.

DOÑA JUANA

(Muy inquieta, desprendiéndose de los brazos de doña Lisarda, se incorpora, pronunciando palabras incoherentes.) ¡En Castilla...! ¡Entierrame en Castilla..., hijo mío!...

BORJA

Ya delira otra vez.

DOCTOR

Nada podemos ya.

DOÑA JUANA

(En pleno estado de alucinación, como si viera en la realidad la imagen de Carlos V.) ¡Carlos, hijo mío!... Largo tiempo has estado ausente de tu pobre madre... Ausente cuando murió mi padre el Rey Católico... Ausente cuando me visitaron aquí los Comuneros, degollados en Villalar en día lastimoso... Ausente cuando mi pobre Catalina fué enviada á Portugal

para desposarla con el Rey Don Juan III... Sola, triste y desolada permanecí años y años, cuando tú vencías y aprisionabas á Francisco I en los campos de Pavia... Cuando tus tropas saqueaban á Roma y se apoderaban y encarcelaban al Papa Clemente VII y mandabas hacer rogativas por la libertad de este Pontifice. Sola y triste permanecí en Tordesillas cuando tú conquistabas á Túnez... Cuando aniquilabas en la jornada de Muhlberg á los luteranos alemanes... Y ahora el César, el glorioso César, vive abrumado por su propia grandeza y por la extensión de su colosal poderío... ¡Hijo de mi alma, yo he permanecido triste y olvidada en este pobre solar de Castilla, donde quiero morir!... Mi último pensamiento es para decirte que, hastiado de tanta grandeza, abdicarás en mi nieto Felipe y buscarás el reposo en la soledad de un Monasterio... Vete, vete pronto... El gran Carlos V de Alemania y I de España hallará en el claustro la paz que anhela. (Repitiendo con voz cada vez más apagada la última frase, reclina la cabeza en la almohada y calla.)

BORJA

(Al Doctor.) Parece calmada.

DOCTOR

Pero esa calma no será duradera. (Entran por la izquierda la Marquesa de Denia y otras dos damas de la Reina, vestidas de negro; vienen de la función religiosa en San Antolín.)

BORJA

(Avanzando al encuentro de las tres damas.) No conviene turbar el reposo de Su Alteza. Hace un rato deliraba y ahora se ha iniciado la sedación. (Las señoras, entristecidas, contemplan á distancia el rostro de la enferma. Entran por la izquierda Mogica, dos servidores de la casa y algunas dueñas. Borja les impone silencio por señas. Entran después Denia y su Secretario, don Gaspar de la Cueva.)

DOÑA JUANA

(Se despeja, y agarrándose á Lisarda le dice:) El Duque, ¿está aquí?

LISARDA

Á la izquierda le verá Su Alteza.

BORJA

Aquí estoy esperando sus órdenes.

DOÑA JUANA

(Con voz tenue y cariñosa.) Duque, me indicasteis que la doctrina de Erasmo no es herética.

BORJA

No fué indicación, sino declaración explícita de que tal doctrina no se aparta del dogma. Desechad todo escrúpulo, señora; tranquilizad vuestra conciencia, y ahora, en plena serenidad de vuestro espíritu, confesad la fe de Nuestro Señor Jesucristo. (Saca de su pecho un Crucifijo y lo da á Doña Juana, que amorosamente lo besa, estrechándolo después contra su corazón.)

DOÑA JUANA

¡Jesús mío, siempre te adoré!... Dame la eterna paz... que ansío.

BORJA

Rezad el Credo, señora. (Todos se arrodillan.)

DOÑA JUANA

Mi voz se apaga ya. Decidlo vos y yo lo iré repitiendo.

BORJA

(Con acento solemne.) Creo en Dios Padre Todopoderoso... (Doña Juana lo repite.) Creador del cielo y de la tierra. (Doña Juana repite cada vez con voz más tenue.) En Jesucristo, su único Hijo... (Doña Juana repite trabajosamente, da un fuerte suspiro y calla. Pausa. Expectación. Borja, después de observar de cerca la faz lívida de la Reina.) Ya expiró... ¡Santa Reina! ¡Desdichada mujer! Tú, que has amado mucho sin que nadie te amase; tú, que has padecido humillaciones, desvíos é ingraticudes sin que nadie endulzara tus amargores con las ternuras de familia; tú, que socorríste á los pobres y consolaste á los humildes sin vanagloriarte de ello, en el seno de Dios Nuestro Padre encontrarás la merecida recompensa. (Murmullo de rezos en todos los presentes. Suenan con fuerza las matracas en las vecinas torres.)

Telón muy lento.

FIN DEL DRAMA



